

El agrimensor desmedido: las implicaciones estético-políticas de la técnica moderna en la obra de Paul Virilio

The De-measured Surveyor: the Aesthetico-Political Implications of Modern Technique in the Work of Paul Virilio

Jorge León

Escuela de Arquitectura y Tecnología, Universidad San Jorge. Zaragoza, España
jleon@usj.es

Resumen

Durante el siglo xx se ha desarrollado un progresivo análisis de las implicancias que tiene la estética sobre la geopolítica y la ordenación del territorio. Si hasta ahora la perspectiva renacentista, en tanto técnica propia de medición del espacio, había posibilitado el desarrollo de la (geo)política como soberanía territorial, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han puesto en crisis la posibilidad misma de control y medición sobre dicho *espacio* de aparición política. A través de los textos de Paul Virilio, el presente artículo analiza la crisis del espacio como posibilidad de medida y organización de la producción en la era de la información, identificando las principales consecuencias que tiene el declive de la (geo)política sobre las relaciones sociales y urbanas.

Palabras clave: Estética de la desaparición, Dromología, Horizonte Negativo, Inconmensurabilidad, Aitía.

Abstract

During the 20th Century, a progressive analysis of the impact of aesthetics on geopolitics and territorial arrangement has been developed. If so far the Renaissance perspective, as a technique that is proper of the measurement of space, had enabled the development of (geo)politics as territorial sovereignty, the new technologies of information and communication have provoked a crisis for the very possibility of control and measure over said *space* of political appearance. Through the writings of Paul Virilio, this article analyzes the crisis of space as a possibility of measuring and organizing production in the information age, identifying the major consequences of the decay of (geo)politics over social and urban relations.

Keywords: Aesthetics of disappearance, Dromology, Negative Horizon, Unmeasurability, Aitia.

Las crisis de las técnicas de medición como condición de posibilidad de la política

A comienzos del siglo xx, Kafka planteaba una incipiente paradoja según la cual cuanto mayor es el desarrollo de las técnicas de medición y control de cualquier procedimiento, mayor es también la desmesura con que dichos procedimientos nos exceden. Son ampliamente conocidos los comentarios a propósito de su celeberrima novela *El proceso*, metáfora del laberinto burocrático en el que se cae una vez implantada la jaula de hierro weberiana. En esta se pierde la unidad básica de medida misma, es decir, el concepto de identidad singular y personal.¹

Más allá de las referencias burocráticas a *El proceso* y la búsqueda de “salidas menores” en el conjunto de la obra kafkiana (Deleuze y Guattari 16), *El castillo* plantea una nueva paradoja en la que el agrimensor κ –a diferencia del κ de *El Proceso*–, ya no se limita a ser sujeto pasivo de una dinámica procedimental que termina con la anulación de su propia identidad en tanto unidad elemental de medida, sino que el κ agrimensor de *El castillo* está en una situación en la que ni siquiera puede identificar aquello que debe medir y que, supuestamente, está midiendo (o desmidiendo) a él mismo. Así pues, al contrario de la visión de la administración pública, que muestra *El proceso* –técnica de medición que, en última instancia, des-mide–, el punto de vista en *El castillo* supone un giro solipsista por medio del cual la técnica expuesta en *El proceso* ha terminado por desmedirse a sí misma hasta imposibilitar su empleo como técnica de medición.

Este paso desde la lógica procedimental de la des-mesura utilizada en *El proceso* a la propia de la in-con-mensurabilidad absoluta empleada en *El castillo* puede ayudarnos a caracterizar el tránsito ocurrido entre la confianza en las técnicas de medición del espacio como ámbito primordial de organización de lo público durante la primera mitad del siglo xx, y su definitiva puesta en crisis durante la segunda mitad. De este modo, teniendo la metáfora kafkiana en mente, intentaremos dar razón de por qué durante la primera mitad del siglo, autores tan dispares como Lewis Mumford o Carl Schmitt insistían fervientemente en las técnicas de medición del espacio (desde la perspectiva renacentista hasta la ordenación del territorio) como única forma posible de controlar los efectos des-medidos que la aceleración temporal de los intercambios económicos del *laissez-faire* traídos por el liberalismo ejercían sobre la soberanía política. Por su parte, entrando en la segunda mitad del siglo, autores como Paul Virilio sostienen que

1 La pérdida de la identidad personal debido a la sistematización creciente de los instrumentos de medida y control también será objeto de una de las primeras piezas teatrales de Bertolt Brecht. En su obra *Un hombre es un hombre*, la técnica de formación militar considerada como absoluta niveladora de todos los valores se pliega sobre su propio uso unilateral de la razón hasta hacer evidente la irracionalidad y voluntad de dominio sobre las relaciones humanas. Así pues, en la obra de Brecht, la negación de la identidad individual es expuesta como crítica de la violencia del Estado sobre la persona en su reducción numérica a soldado, es decir, como negación de su subjetividad una vez que ocupa su posición dentro del sistema estructurado que define el Estado militar.

la actual aceleración de las comunicaciones ha des-medido a la perspectiva misma y a toda otra técnica derivada del control y medida del espacio geopolítico.

Nos encontramos, pues, dentro de un ámbito de investigación sobre las principales técnicas de medición espacio-temporal desarrolladas durante la modernidad y el modo en que estas posibilitan o no la aparición de un espacio político decisional ejercido de forma soberana por una comunidad en razón de su Bien Común. Dicho de otro modo, si la política del Bien Común ya no es posible –debido a los efectos kafkianos de des-mesura producidos por la progresiva sistematización de las propias técnicas de medición–, según Virilio, únicamente nos queda la acción moral en tanto canto de cisne de una categorización del mundo condenada a desaparecer, y que no es deseable perder.

Si bien el trabajo teórico de Virilio es algo tardío en su desarrollo personal, tanto su formación de pintor como de fenomenólogo se orientaron siempre al estudio de las técnicas de medición del espacio, ámbito en el que posteriormente profundizará durante su colaboración en los años sesenta con Claude Parent y André Bloc en el *Grupe Espace*, germen del posterior *Groupe Architecture Principe*, próximo a los postulados Henri Lefebvre y el situacionismo.² Virilio dirige la *l'École Spéciale d'Architecture* de París desde 1975, momento a partir del cual abandona el ejercicio práctico de la arquitectura y la pintura tras afirmar que “uno no puede intervenir con el espacio sin tomar el poder” (Armitage 56),³ con lo que caracteriza su activa participación en los procesos de diseño arquitectónico como meros *kid's games*.

Con tal formación a sus espaldas, Virilio comenta cómo la técnica de perspectiva renacentista del siglo xv –analizada hace ya casi un siglo por Erwin Panofsky– permitió la medición y creación de una nueva forma de entender y percibir el espacio a partir de sus condiciones de homogeneidad e isotropía. Condiciones que, con el paso del tiempo, permitirán la concepción ilustrada de un territorio estatal completamente independiente de la noción de lugar en tanto que espacio geográfico asociado a una determinada comunidad o *génos* (concepción griega de la polis). Es decir, una concepción moderna del espacio como territorio que será asumida tanto por los planes urbanísticos de Jefferson como por la cartografía y la arquitectura industrial y militar francesa desde Vauban a Ledoux.

Si bien el paso de una concepción espacial entendida como el lugar geográfico concreto habitado por una determinada comunidad étnica al espacio concebido como territorio abstracto, *a priori* de la sensibilidad, conlleva ya una cierta pérdida de la capacidad del espacio para predeterminar o, cuanto menos, condicionar la organización sociopolítica de quienes lo habitan, en ambos paradigmas el espacio

2 Paul Virilio se forma académicamente en la *École des Metiers d' Art* de París durante los años cincuenta, donde fue discípulo de Merleau-Ponty. Allí trabajará en los estudios de Matisse, Bracque y Le Corbusier.

3 A lo largo de este artículo, todas las citas referenciadas a la obra de Armitage son siempre respuestas dadas por Virilio durante las distintas entrevistas que allí se recopilan.

continúa siendo el ámbito primordial de medición y organización necesarios para la aparición de lo público. Ahora bien, en la polis griega, el *nomos* de la tierra, que marcaba la diferencia entre la ciudad habitada por el hombre griego y el resto del mundo, era simultáneamente “ley”, “proporción” y “medida” de la razón ($a/b = c/d$). Por tanto, quien salía del límite o “lira” de la ciudad era precisamente aquel que “de-liraba” ante la terrorífica des-mesura del territorio (“terreo”), entendida como aquello que carecía de toda medida o proporción, y por eso era irracional. La condición de posibilidad de lo racional –y, en consecuencia, de lo público– era, pues, la posibilidad de establecer una medida y dominio del espacio físico: geo-metría y agri-mensura. Dicho en otras palabras, la ciudad (πολις) era el espacio de medición entendido como política, policía y guerra (πολέμος) contra el irracional y des-medido enemigo exterior.

En la ciudad moderna, en cambio, la recién encontrada independencia del espacio como sistema homogéneo e isótropo, completamente desligado de su referencia a un lugar físico concreto, conlleva una sistematización mecánica de espacio, tiempo y número a través de la perspectiva, el reloj mecánico y la contabilidad por partida doble. O, lo que es lo mismo, el *nomos* (νομος) originariamente enraizado en una determinada tierra empieza a devenir un sistema de medida autónomo e independiente, instaurándose una relación con el espacio similar al que la “moneda” (νομισμα) instaura con el valor de las cosas. Un triple proceso de sistematización de las principales categorías de medición del mundo que Lewis Mumford denominó “sistema mecánico”, entendido “como aquel en que una muestra al azar del conjunto puede servir en lugar del conjunto [...] y se supone que lo que rodea al objeto no afecta a su comportamiento” (Mumford, *Técnica y Civilización* 61).

En lo que se refiere al tiempo, afirmaba Mumford, la rutina del monasterio, por una parte, y la invención del reloj, por otra, permitieron tomar conciencia de la existencia de un tiempo no confundido con los acontecimientos humanos. El reloj, “por su naturaleza esencial disocia el tiempo de los acontecimientos humanos y ayuda a crear la creencia en un mundo independiente de secuencias matemáticamente mensurables” (31).

Según el sociólogo norteamericano, a partir del siglo xvii, la posibilidad de un tiempo mecánico, sistemáticamente mensurado, fomentó la organización de eventos según una lógica de yuxtaposición (y ya no co-ordinación) propia de la moda y el periódico. Este último “media con los eventos lógicamente incoherentes del día a día de modo que no existe otra relación que no sea la de con-temporaneidad” (77). Una con-temporaneidad que, una vez llegados a la segunda mitad del siglo xx, conllevará la desaparición de la capacidad que la técnica moderna poseía para generar la aparición de una distancia mensurada entre el hombre y los acontecimientos que, en su sucesión coordinada, configuraban la experiencia “natural” del tiempo. Hasta entonces, si bien el sistema mecánico implicaba un primer grado de abstracción e independencia del sistema de medida, este continuaba aún lo suficientemente ligado

a la escala humana, al menos en su ámbito espacial, a través de la noción de “punto de vista”. Como afirma Panofsky a propósito de la perspectiva:

por un lado reduce los fenómenos artísticos a reglas sólidas y exactas, pero por otro las hace dependientes del hombre, del individuo, en la medida en que las reglas se fundamentan en las condiciones psico-fisiológicas de la impresión visual y en la medida en que su modo de actuar está determinado por la posición de un ‘punto de vista’ subjetivo elegido a voluntad (49).

Ahora bien, mientras que la ciudad griega se definía como el límite mismo de la razón y de lo público frente a la desmesura del territorio, la sistematización de las nuevas técnicas modernas de “racionalización-medición” de espacio, tiempo y dinero implicarán la necesidad de dar un salto de escala que transforme la disciplina urbanística en ordenación del territorio. Debido a ello, toda la labor de Mumford, realizada desde el *Regional Planning Association of America*,⁴ estuvo enfocada en establecer la necesidad de un control del territorio a escala regional que pudiese garantizar el ejercicio de la política cuando la aceleración des-mesurada del tiempo y la economía ya habían acabado con todo resquicio de la noción griega de polis a través de la generación de la moderna metrópolis. Dentro del contexto histórico en el que se desarrolla la labor de Mumford, los últimos años del *laissez-faire* de la construcción edilicia de Manhattan supuso la propuesta al Estado de Nueva York de un proyecto de ordenación territorial basado en el análisis y estudio interdisciplinar de todos los aspectos estructurales de las entidades regionales –desde los económicos hasta los naturales, geográficos, étnicos, o históricos– como único modo de poder controlar los efectos producidos por la desmesura temporal de la metrópoli comentados por Simmel en *La filosofía del dinero*.⁵ Tal y como se afirmaba en el comentario de Manfredo Tafuri a la obra de Simmel:

Los objetos flotan todos a un mismo nivel, con idéntico peso específico, en el movimiento constante de la economía monetaria: ¿no nos parece estar leyendo un comentario literario a una *Merzbild* de Schwitters? (Y no se olvide que el propio término ‘Merz’ no es más que una extrapolación del término ‘Com-merz’) (“Para una crítica de la ideología arquitectónica” 42).

Para Mumford, la ordenación del espacio a escala territorial era la única forma de mantener una medida humana de la metrópoli que aún pudiera garantizar la posibilidad de una política pública. En sus propias palabras, “the main point was the notion that a modern city, no less than a medieval town, must be planned to the human scale

4 El RPAA fue un grupo informal de arquitectos, planificadores, exponentes del *Conservation Movement*, sociólogos y economistas, constituido en Nueva York en 1923. Entre sus integrantes destacan Alexander M. Bing, John L. Bright, Lewis Mumford, E. H. Klaber, Nils Hammarstrand, Brinton Mackaye, Sullivan Jones y Clarence S. Stein.

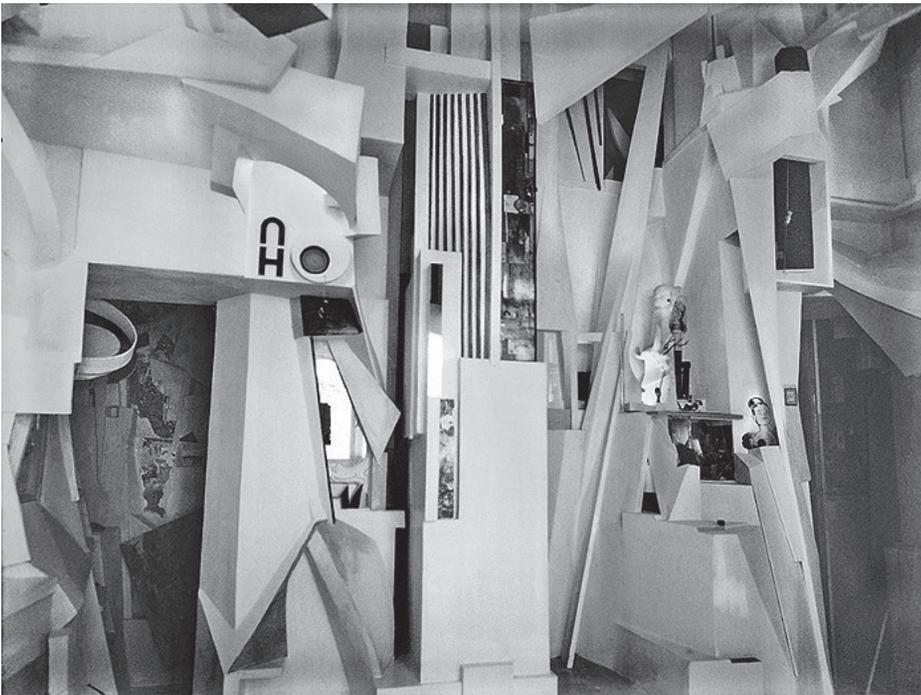
5 Afirma Mumford en una carta enviada al historiador de arquitectura Francesco Dal Co el 14 de octubre de 1971 que “lo que nosotros añadimos al trabajo realizado por los discípulos de Howard en Inglaterra fue el concepto de región, y no de metrópoli, como núcleo del desarrollo urbano” (cit. en Tafuri et. al. 263).

FIGURA 1



Ciudad ideal, Piero della Francesca, Témpera sobre madera, 239,5 cm × 67,5 cm. Galleria Nazionale delle Marche, Urbino (Italia), 1480-1490.

FIGURA 2



Merzbau Kurt Schwitters, Instalación, Hannover (Alemania), 1923-1937.

and must have a definite size, form” (Mumford, *Arte y Técnica* 397). Lo fundamental del planteamiento mumfordiano, que marca por ello su pertenencia a la modernidad, pues es su creencia en que aún es posible reforzar, por medio del control racional del espacio y el territorio, la capacidad de la técnica para proporcionar la distancia-medida que permita la aparición del espacio político de decisión:

Para lograr el patrón total necesario no solo debe haber un planeamiento efectivo de la ciudad y de la región antes de que las nuevas rutas o servicios se planifiquen;

también necesitamos, y cuanto antes mejor, un sistema adecuado de gobierno urbano federado en una escala regional. Hasta que estos instrumentos necesarios de control se hayan creado, la mayor parte de nuestras planificaciones serán empíricas y desatinadas, y cuanto más hagamos con las premisas que ahora tenemos, tanto más desastrosos serán los resultados (Mumford, *Arte y Técnica* 320).

Ahora bien, según Virilio, esta primacía histórica de la aparición del espacio político a través del establecimiento de límites-medidas espaciales (fronteras) en los que una comunidad o Estado ejerce su soberanía, se está desmoronando. Y esto es así no tanto porque se esté produciendo un cambio de paradigma de la primacía del espacio hacia la del tiempo, sino porque es el mismo espacio-tiempo el que se está acelerando. En efecto, para el autoproclamado urbanista francés, toda la primacía histórica del espacio sobre el tiempo –en tanto que fundamento de la posibilidad de aparición de lo político– no es más que una apariencia. En realidad, lo que siempre ha sido el fundamento de la política y lo continúa siendo hoy en día es la Dromología: velocidades relativas de comunicación y traslado que unas comunidades tienen respecto a otras.

A modo de ejemplo, Virilio comenta cómo la soberanía de la Administración Pública del Estado francés Ilustrado, introducida a través de la ordenación cartográfica de su territorio, no fue sino el resultado de establecer las principales rutas de comunicación que lo atravesaron con el objetivo de acelerar el tráfico de información y mercancías, controlando con ello todo movimiento producido dentro de los límites estatales. Idéntico razonamiento aduce para explicar la soberanía de las ciudades estado griegas, del imperio persa, del romano o mongol.

A partir de dichos análisis históricos, Virilio identifica los tres ámbitos fundamentales que han impulsado el desarrollo dromológico: el ámbito militar, el mercantil y la transmisión de información. En lo referente al ámbito militar, y coincidiendo históricamente con la sistematización de la perspectiva como medida del espacio, se produce el declive de las ciudades medievales caracterizadas por su condición de “fortalezas” orientadas a la defensa pasiva de sí mismas. A partir de entonces, el desarrollo dromótico-militar estará orientado a la geo-estrategia: movimiento de tropas, sistematización y jerarquización de las distintas unidades móviles (infantería, caballería, arqueros, artillería), cartografía y topografía de los campos de batalla, o los ataques relámpago de la *Blitzkrieg* nazi sobre Nantes, que Virilio experimentó durante su infancia. Toda una inmensa investigación sobre la influencia que la primacía y el control de la velocidad poseen para garantizar la posibilidad de la política en una comunidad es realizada por Virilio a propósito de la estrategia militar.

Junto con ella, y de forma paralela, se produce una aceleración del empleo mercantil de las infraestructuras de comunicación que excede progresivamente las limitaciones y controles estatal-territoriales mediante la derogación de aranceles y/o impuestos a la importación-exportación. De esta forma, desde el desarrollo del mercantilismo marítimo iniciado en el siglo xvi hasta los conglomerados de empresas

privadas internacionales del siglo xx, lo que se ha producido es la obsolescencia de la capacidad de la soberanía territorial para garantizar el espacio político de decisión de una comunidad.

Por último, y como consecuencia del hiperdesarrollo de los dos ámbitos anteriores, hoy mejor que nunca podemos apreciar cómo la incesante tramitación de información a la velocidad de la luz ejercida por las empresas privadas –mediante continuos cruces de bases de datos– excede la posibilidad misma que la *National Security Agency* (NSA) norteamericana –la mayor organización estatal de control de la información a nivel mundial– tiene para analizar dichas comunicaciones.⁶ Se delinea, entonces, el surgimiento de un nuevo horizonte (post)político que ya no marcado tanto por la primacía geopolítica del espacio como por la capacidad de las instituciones políticas para mediar con el nuevo tiempo absoluto de la velocidad luz de las comunicaciones. Una velocidad que, dada las distancias espaciales del planeta, se identifica con la inmediatez y omnipresencia de la información en cualquier instante y lugar. Para Virilio, ello supone aceptar el final de la capacidad de toda política basada en el control del espacio y el territorio como modo de asegurar los derechos de los individuos.

La desmesura dromológica y el final de la (geo)política

Académicamente, existen dos grandes interpretaciones contrapuestas sobre la obra de Virilio. La lectura mantenida por Rafael Vidal de un Virilio apologista del lenguaje y el diálogo habermasianos, como propuesta de resistencia física y urbano-espacial a los efectos causados por la hiper-aceleración temporal de las tecnologías de la información, se contrapone explícitamente a la esgrimida por James Der Derian, para quien su trabajo se centra, precisamente, en el análisis de la imposibilidad actual de toda política de los derechos basados en la medida y control del territorio, exista o no diálogo dentro de sus instituciones políticas.

Según Vidal, mientras que Habermas, “consciente de los peligros de una conciencia tecnocrática, basada en una racionalización de los subsistemas de acción racional con respecto a fines, oponía a ésta una racionalización objetiva y comunicativa que permitiera una mayor capacidad de autonomía e interpretación de la realidad por parte de los individuos” (7), Virilio propone:

la resistencia provocada por el reencuentro con uno mismo y con el otro por medio del lenguaje; pero en la ciudad en su propia materialidad, como espacio de configuración de las relaciones humanas efectivas y cotidianas. Virilio, por

6 Aclaremos aquí que todos los envíos de información transatlánticos por fibra óptica pasan primero por la NSA, donde se efectúa un primer filtrado por palabras en aras de “salvaguardar la seguridad nacional” tras el 11 de septiembre de 2001. La NSA tiene la capacidad de almacenar todos los emails y peticiones enviados de forma online para un posible análisis posterior y, en lo que se refiere a las llamadas telefónicas, estas pueden ser identificadas y monitorizadas. El único problema es disponer del suficiente tiempo para poder escucharlas todas.

consiguiente, nos habla de la necesidad de recuperar urgentemente la ciudad física y real, el único lugar donde cabe la democracia [...] para Virilio solo hay una vía: el reencuentro del contacto humano físico a través del diálogo, de la palabra (7).

Frente a dicha interpretación excesivamente habermasiana de la problemática planteada por Virilio, Der Derian acerca la obra del intelectual francés a la de otros pensadores que ya se centraron en la crítica a la técnica y la Ilustración, como Lewis Mumford, Marshall McLuhan o Martin Heidegger (Der Derian, 12). Dentro de esta última línea interpretativa, Michael Deneger ha realizado una lectura del trabajo de Virilio como respuesta a la problemática del aparecer y el “ser-ahí” heideggeriano. Concretamente, la noción viriliana de “horizonte negativo”, en tanto que nueva condición de aparición de lo real en el contexto hiperacelerado de las tecnologías de información, supone una consideración del espacio de aparición del “ser-ahí” como no estructurado por la distancia necesaria para el surgimiento de la “cosa” heideggeriana, sino que se concibe como un campo de aparición in-mensurable caracterizado por una no-ubicuidad e inmediatez que, según Deneger, “remiten directamente a la ‘aitia’ de Anaximandro”. De este modo, afirma Deneger que:

Anaximander’s *apeiron* is not a name for ‘Being’, it is not the *arché*, or governing concept, of a bounded field of ‘beings’ according to that version of the fragment that bears the impress if its Peripatetic recension: *arché ton onton to apeiron*; instead it names the fault, or *aitia*, of the unbounded (*apeiron*) ‘field’, the ‘field’ that is not a field precisely for not being bounded, the abyssal *atopos*, non-place, locus of earth in which *onta* arise only to perish according to the taxis of time, such as it appears has been preserved in another version of the fragment: *aitia ton onton to apeiron* (5).

Dado un contexto en el que las nuevas tecnologías de la comunicación han vuelto a traer la *aitia* como renovada e ineludible condición de aparición no mensurada de lo real-virtual,⁷ el problema fundamental planteado por Virilio consiste en volver a plantear la posibilidad o imposibilidad de la técnica moderna para crear o identificar un espacio de aparición de lo político. Una posibilidad que, según Virilio, dependerá directamente de la capacidad que dicha técnica tenga de generar una distancia mensurable no tanto espacial como temporalmente. Para que se pueda generar la posibilidad misma de lo político es necesario de-limitar (medir) previamente un espacio de aparición perceptual (fenomenológico) desde el cual sea posible tomar conciencia (distancia) de los mismos fenómenos y entidades.

Ahora bien, esta pérdida del espacio de aparición no se debe tanto al creciente carácter sistemático-mecánico de la técnica moderna como a un cambio de paradigma

7 Afirma Deleuze que “lo virtual no se opone a lo real, sino tan solo a lo actual. Lo virtual posee una realidad plena, en tanto es virtual” (*Diferencia* 314).

efectuado por las técnicas artísticas de medición del espacio y el tiempo, es decir, desde una “estética de la aparición” anterior a la técnica fotográfica hacia una “estética de la desaparición” posterior a la misma. Así, en contraposición a la estética de la permanencia propia de la arquitectura, la escultura o la pintura renacentistas –orientadas a propiciar la aparición de la forma sobre un soporte material con el objetivo de que permaneciera perceptible en el mismo–, la estética de la desaparición propia de la fotografía, el cine, o las telecomunicaciones, antes que nada, se sostiene no solo en la progresiva desmaterialización de sus espacios de aparición sino que también en la ilusión óptica de permanencia de lo que en realidad es una ausencia. Por ejemplo, la percepción propia del cine como movimiento se produce precisamente por ser incapaces de percibir el paso de la presencia de un fotograma a la presencia del siguiente, de modo que lo que propiamente se percibe como “algo”, no es sino la ausencia de una permanencia temporal mínima que permite al sujeto adquirir una memoria del estatus real de lo percibido.

Para Heidegger, la ausencia de lo “ya-no-presente” era relacionada directamente con “lo abierto” que, en sus propias palabras, “se luce en el mutuo-alcanzarse de lo venidero, paseidad y presente”, de modo que “es ante todo esto abierto y solo ello lo que espacia su extensión al espacio habitualmente conocido por nosotros” (Heidegger 36). Para Virilio, en cambio, es esta ausencia-aitía –entendida como negación de la posibilidad misma de percepción de la permanencia– la que precisamente por ese “mutuo-alcanzarse de “futuro-paseidad-y presente” imposibilita toda generación de “distancia” o “retraso” que pueda medir tanto el tiempo como el espacio de aparición.

En resumen, por una parte, Virilio analiza la instalación de la estética de la desaparición como fundamento de la ausencia de permanencia en la percepción, y la consecuente percepción de “ilusiones” de corte virtual. Por la otra, y a diferencia de Heidegger, Virilio entiende que dicha imposibilidad de memoria real de nuestro actual sistema óptico-perceptivo –para percibir la sucesión hiperacelerada de los estímulos reales– implica un mutuo alcanzarse de “futuro-paseidad-y-presente” que no es entendida ya en tanto apertura del Ser “a lo abierto de su destinarse”, sino que como mera consecuencia de las tecnologías o técnicas de las tele-comunicaciones.

Además, el hecho de que la velocidad de dicha transmisión de imágenes sea realizada a la velocidad de la luz implica una instantaneidad constante que conlleva la anulación de toda distancia o medida temporal. En el momento en que dicha instantaneidad se confunde con el establecimiento de la sociedad red proporcionada por Internet, el resultado es la pérdida completa de la noción de “lugar”, “paraje” o “ubiquidad” en tanto que construcción habitada del espacio.

Para Virilio, la comunicación en tiempo real con cualquier punto geográfico del planeta supone la pérdida de toda noción de distancia temporal y espacial, de toda mensurabilidad posible del lugar y de la sucesión de percepciones mediante las cuales interactuamos, de modo que, finalmente, las actuales tecnologías de la información instauran la instantaneidad temporal y la superposición espacial como ámbito propio

de un espacio-tiempo imposible de medir. Es por ello que “las nuevas tecnologías traen a efecto las tres características de lo Divino: Ubiquidad, Instantaneidad, e Inmediación” (Armitage 38). En otras palabras, las nuevas tecnologías de la información conllevan la pérdida de toda distancia entre las características físicas de aparición propias de lo humano y las propias de lo divino. En última instancia, lo que ha sido perdido es la misma razón (proporción) con la cual el hombre se ha medido a sí mismo, esto es, la medida misma de lo humano.

Una vez llegados a este punto, puede observarse que la concepción dromológica de Virilio mantiene una visión puramente cronológica del tiempo, en su “punto-límite-cero” de instantaneidad. La ubiquidad espacial e instantaneidad temporal a la que se refiere no debería ser confundida con la teoría de campos unificados de Einstein ni relacionada con otras concepciones no cronológicas del tiempo, como el Kairós o el Aion. En Virilio permanece la fórmula clásica y mecánica de la velocidad entendida como cantidad de espacio recorrido por unidad de tiempo. Ahora bien, los efectos que tiene para la política el que dicha velocidad haya excedido completamente las posibilidades de percepción humana es precisamente una imposibilidad de medición derivada de una “ceguera por sobre-exposición”. Dicho de otro modo, tanto el cero como el infinito no miden más que el reconocimiento de su propia des-medida. Son dos términos que, como diría Lévinas, exceden su propio concepto o “razón” al punto de no poder encontrarse nunca completamente en sí mismos, poniendo en crisis la noción misma de lugar y, como añadiría Derrida, precisamente “en la instancia en que nadie está allí para saberlo” (Derrida, *La diseminación* 426).

A diferencia de Heidegger, para Virilio la esencia de la técnica no consiste en “dis-poner lo reunidor del poner lo real en cuanto constante” (Heidegger 139), sino que, al contrario, pro-voca la dis-posición de lo divino en el mundo humano como lo puramente accidental. Si para Heidegger la esencia de la técnica estaba llamada al descubrimiento del ser del hombre y la técnica como lo constante del Ser que une a ambos, para Virilio, la esencia de la técnica en tanto que dromología es justamente su identificación con lo accidental, con aquello que no puede tener más constancia que el cambio perpetuo. Es, pues, la técnica la que establece un “horizonte negativo” de aparición donde lo que realmente aparece no puede ser percibido más que como lo residual entre las ilusiones de permanencia y constancia.

Con respecto al origen del mismo concepto de “horizonte negativo”, Virilio vuelve a basarse en las condiciones de percepción descubiertas por la pintura –en este caso, con base en el impresionismo–, recalcando la facilidad de la psique humana para percibir figuras geométricas concretas, al tiempo que evidencia dificultades para percibir los intersticios entre estas: “While we perceive circles, spheres, cubes, or corners perfectly, our perception of intervals, of the interstices between things, between people, is far less acute. These configurations, cut out by bodies, stamped out by forms, escape us” (Virilio, *Speed* 29). Y algo más adelante, afirma: “Perspective is only a hierarchy of perception and there probably are as many perspectives as there

are visions of the world, of cultures, and of ways of life [...] Why persist in the belief that the dichotomy of form/ground had always existed?" (35).

Si bien podría parecer que la digitalización propia de la estética de la desaparición no tendría por qué negar necesariamente el espacio euclidiano de la geometría clásica, al existir aplicaciones de ordenador para el delineado y/o modelado tridimensional programadas a partir de los axiomas de dicha geometría, esta postura elude el hecho fundamental de las geometrías virtuales. Mientras que las geometrías no euclidianas surgidas en el siglo XIX aún mantenían una cierta relación con espacios geoméricamente posibles (por ejemplo, sistemas geoméricos bidimensionales cuya superficie sobre la que se desarrolla la propia geometría no es un plano liso sino curvado según una forma esférica), las geometrías virtuales de finales del siglo XX se conciben a partir del cálculo matricial de $m \times n$ variables, de modo que el número de dimensiones se hace potencialmente infinito y, por tanto, geoméricamente in-imaginable, in-proyectable e in-con-mensurable.

Geometrías virtuales definidas según matrices de 2×2 o 3×3 son capaces de adecuarse bajo ciertas condiciones de contorno a la geometría bidimensional o tridimensional euclidiana que todos conocemos. Sin embargo, una geometría virtual de $m \times n$ variables no solo ha excedido la geometría euclidiana a través de un pliegue del propio espacio como en las investigaciones geométricas decimonónicas, sino que ha excedido por completo toda dimensionalidad posible del mismo. De forma paralela, las geometrías fractales desarrolladas durante los años ochenta supusieron la ruptura de la (tri)dimensionalidad del espacio, no tanto por exceso del número de dimensiones como por la ruptura de la estanqueidad de las mismas, al poder calcularse la dimensión de una línea en $1,261859$ ($\log 4 / \log 3$) o la de un plano en $2,726$.

Si el "modo de uso" de la geometría digital no cambia, es únicamente en la apariencia del usuario de los programas de ordenador. Esto es, en la imagen (ilusión) que nos ofrece el *interface* del programa. A nivel de procedimiento de generación de esa imagen, la geometría ha claudicado definitivamente a favor de un cálculo matricial n -dimensional. El espacio digital ya no es medida, sino cálculo. Y como todo cálculo posible, no tiene ni límites ni sentido alguno predeterminado, sino que, por expresarlo en terminología derrideana, es pura "diseminación".

Una ilusión inconsciente de tipologías de percepción dimensionadas según números enteros finitos es, pues, el significado último que la perspectiva tiene en nuestros días, de forma que nos impide percibir adecuadamente la verdadera realidad que las tecnologías de la información han contribuido a crear y, por tanto, impide también la posibilidad de desarrollar nuevas estrategias capaces de medir tiempo y espacio en aras de posibilitar un ámbito de aparición de lo político. Debido a ello, para Virilio, la acción ineludible de cara a poder reconstruir un espacio político es el desarrollo de técnicas capaces de medir lo inmedible, esto es, de medir la distancia de aparición de lo inmediato extrayendo la permanencia de lo accidental.

En su análisis del modo de aparición del accidente, Virilio recurre a los estudios cinematográficos de Paul Valéry comentados en *La conquista de la ubicuidad*. Allí, establece Valéry cómo en las actuales condiciones de percepción, “la conciencia subsiste solo para los accidentes”, consecuencia última de “la crisis de un espacio substancial (continuo y homogéneo) heredado de la geometría arcaica, en beneficio de la relatividad de un espacio accidental (discontinuo y homogéneo)” (Virilio, *L'espace Critique* 46). Ya no queda ningún espacio-tiempo posible de aparición que permita el desvelarse de lo substancial, a no ser lo que Heidegger entendía como sin lugar, instantáneo e inabarcable-inaccesible. En otras palabras, lo inesperado mismo se ha vuelo lo constante de un desplegarse instantáneo sin destino ni distancia.

Lo que permanece es la condición de inesperado, de inaccesible, de inconmensurable, pero no por infinito o inabarcable, sino por imposibilidad de localizar, de esbozar siquiera, algo hacia dónde dirigir nuestros intentos de medición.⁸ Si bien el accidente continúa siendo lo que “sobreviene imprevistamente [...], lo inesperado” (Virilio, *El accidente* 112-3), la técnica mediante la cual se percibe el mundo como la sistemática y constante dis-posición de información aleatoria sobre una pantalla permite cuestionar el estatuto mismo del accidente como relativo y contingente a la par que el de substancia como absoluto y necesario:

En realidad, habrá que examinar urgentemente, una vez más, la acepción filosófica según la cual el accidente es relativo y contingente, y la sustancia, absoluta y necesaria. Del latín *accidens*, la palabra alude a lo que sobreviene imprevistamente en el aparato, sistema o producto, lo inesperado, la sorpresa del defecto o la destrucción. Como si ese “defectuoso pasajero” no estuviera a su vez programado, en cierto modo, para que aparezca al ponerse en ejecución el producto (112-3).

Es dentro de este ámbito de con-fusión entre lo accidental y lo substancial donde la misma noción de “cosa” pierde su significado, y es sustituida por “lo virtual” como ámbito predominante: ya no únicamente de los “sin lugar”, sino de lo “sin-distancia”. Más allá de la consideración de que “es real lo que se deja medir” (Heidegger 172), se debiese comenzar a pensar una nueva concepción de la realidad, aparejada de una nueva estética y una nueva fenomenología que nos permitiera tratar con lo inconmensurable.

Concretamente, “lo virtual no es la antítesis de lo real sino de lo actual” (Armitage 126), de modo que el estamento de lo virtual implica la imposibilidad de actualización mientras permanezca tal. Es decir, la imposibilidad de una existencia *hic et nunc*, con un aquí y ahora determinados, medidos de forma concreta. Se instaura por tanto

8 Esta consideración de lo absolutamente inesperado o radical “à venir” como imposibilidad de determinar o identificar el lugar de la llegada, supone una de las principales críticas que Derrida realizó al infinito levinasiano que encuadraba la inconmensurabilidad en torno a un exceso superlativo del infinito dentro de una relación “cara a cara” que suponía la estructura espacial “dentro-fuera” (Derrida, *La Escritura* 150-5).

una no distinguibilidad del continuo espacio-tiempo que pone en tela de juicio la posibilidad misma del pensar, dada la desaparición de la memoria a la que aboca la imposibilidad de percepción de los fenómenos a recordar, pues, como ya afirmaba Heidegger, “la memoria es la realidad del pensar” (Heidegger 266).

Dentro de este nuevo mundo donde el único punto de medida es la velocidad de la luz, la falta de “retraso” producida por la inmediatez de lo espacio-temporal –causa última de la desaparición de la noción de distancia y con ella de toda mensurabilidad posible– vuelve imposible tanto la disciplina histórica tal y como hasta ahora ha sido concebida como la permanencia de toda geo-política basada en el control del territorio. Esto debido a que toda política efectiva siempre ha estado basada en su posibilidad de realizar un uso mensurable de la velocidad, “de hecho, no ha habido ‘revolución industrial’ sino únicamente ‘revolución dromocrática’; no hay democracia, sino dromocracia, y no hay estrategia, sino dromología” (Virilio, *El accidente* 69). La garantía de los derechos políticos no consiste únicamente en el establecimiento del diálogo público de la ciudadanía en el ágora, sino que todo ello depende de la posibilidad de medir el espacio-tiempo por medio de la dromología militar. A este respecto afirma Virilio que:

since politics and the city were born together, they were born through a right: the creation of a territory or of an state by right, being established, the right of autochthonism. These are rights because there is a territory. These are rights and therefore duties, he who has land has war, as the people of Verde said. He who has rights in urban territory has the duty to defend it. The citizen is also a soldier-citizen. I feel this situation survives up to the present; we are experiencing the end of that world (Armitage 80).

Ahora bien, pese a que desde el Renacimiento la dromología política ha estado unida al control del espacio territorial por su velocidad relativa, los actuales desarrollos de las tecnologías militares norteamericanas (Internet, GPS, o la NSA) han promovido de forma exponencial la velocidad absoluta de las telecomunicaciones, hasta el punto de dinamitar toda autonomía político-territorial como garantía del ámbito decisional debido a la desaparición del “retraso” de los eventos que permitían dar cabida al ámbito de la decisión política. Un primer ejemplo paradigmático de la desaparición de dicho ámbito Virilio lo reconoce en el procedimiento instalado por la URSS para el despliegue automático de todo su arsenal atómico en el caso de detectar un ataque nuclear norteamericano durante la Guerra Fría.

Además, la desaparición del territorio como elemento determinante de la estrategia militar –dada la existencia de misiles videodirigidos, autoguiados mediante GPS y cámaras de video–, ha promovido que la guerra pase al dominio de la “estética de la desaparición” como única defensa posible: una vez identificado visualmente el objetivo, la batalla ya ha sido prácticamente ganada. En otras palabras, la batalla por la (in)visibilidad ha sido llevada desde la reclamación de un espacio político universal

de aparición –que garantizase lo que Hannah Arendt denominó “el derecho a tener derechos”–, hacia el ámbito militar de resistencia a las sociedades de control panóptico.

Por una parte, la inmediatez informativa y velocidad del procesado de la información automatizó los procesos de decisión que en teoría deberían ser discutidos políticamente. Por otra, la aplicación militar de dichas potencialidades –semejantes a las características del aparecer divino sobre el mundo– han conllevado el ocultamiento intencionado de toda exhibición pública disidente o alternativa a la norma establecida. Por tanto, en primer lugar, tendríamos la ceguera de la mirada, incapaz de percibir aquello que debiese medir si queremos mantener el ámbito político decisional. En segundo, se produce una ceguera de la visión dado el ocultamiento que determinados sectores del mundo deben ejercer sobre sí mismos para poder sobrevivir ante las nuevas tecnologías panóptico-militares. Este es un doble proceso de ceguera que implica la violencia sobre el mismo espacio de aparición de lo público tanto en su aspecto onto-fenomenológico, como en el aún geo-político-militar dependiente del primero.

Pero no nos confundamos. La pérdida del espacio político de decisión no es provocada por la simple automatización –como versión dinámica del concepto de sistematización propio de los primeros trabajos de Baudrillard (*Le miroir de la production, Pour une critique de l'economie politique du signe*)–, sino por la velocidad absoluta de los procesos o intercambios de información imposible de ser percibida. En realidad, si la automatización de los protocolos de actuación siguiera una velocidad de percepción dentro del ámbito óptico de percepción humana, existiría aún la posibilidad de intervenir en dicho proceso siempre que se desease e imponer una decisión colectiva dirigida a someter los procesos a una voluntad general.

Entramos, pues, en una situación donde, para poder seguir midiendo el espacio y el territorio mediante la creación de distancia, debemos ser capaces de medir primero su relación con el tiempo en la velocidad de sus procesos. De nada servirá la proyección de planes regionales de ordenación del territorio. Para Virilio, el desarrollo de las actuales megalópolis –como México DF, Tokio o Shanghai–, debido a la pérdida de límites precisos y la sustitución de la noción de centro por la de red nodal ha llevado al “deterioro de las ciudades como centros regionales” (Virilio, *L'espace* 20) capaces de controlar y medir un determinado territorio. La ciudad, ya no es propiamente el establecimiento de límites espaciales, sino el desmesurado tránsito de lo virtual.

Conclusión: el nacimiento del Homo Sacer temporal

En palabras de Virilio, la pregunta obligada que debiésemos hacernos a modo de conclusión, es: “¿realmente podemos democratizar la falta de ubicuidad y la instantaneidad, que de hecho son prerrogativas de la providencia, en otras palabras, de la absoluta autocracia? Hoy, la tiranía del dictador es reemplazada por la tiranía del tiempo real, que significa que ya no es posible mediar democráticamente el tiempo

en aras de tomar decisiones” (Armitage 92-3). Según Virilio, para poder aspirar a esta posibilidad de medición del nuevo tiempo real es indispensable que la arquitectura, en tanto instrumento histórico de medición, sea capaz de poder mensurar el nuevo espacio-tiempo:

La arquitectura es más que un conjunto de técnicas diseñadas para resguardarnos de la tormenta. Es un instrumento de medición, la suma total de un saber que, conteniendo con el entorno natural, es capaz de organizar el espacio y el tiempo de una sociedad. Esta capacidad geodésica de definir una unidad de tiempo y espacio para todas las acciones entra ahora en conflicto directo con las capacidades estructurales de los medios de comunicación de masas (Virilio, *L'espace* 19).

Una nueva arquitectura es exigida por las consecuencias de las nuevas técnicas de la información. Ahora bien, el nuevo perfil de arquitecto que la sociedad de la información demanda ya no es el arquitecto definido por Alberti o Brunelleschi durante el Renacimiento, más bien lo que hoy en día se necesita es la medida de una arquitectura de sistemas: “Up to the present day, architects have only worked with real spaces. From there stemmed the importance of geometry, structure and materials. But in the future, architects will also have to deal with real time. The virtual and the real city will exist side by side. The ask ahead, however, is to make them truly co-habit” (Armitage 65).

Como conclusión ineludible, augura Virilio, el final definitivo de toda geo-política y su sustitución por una dromopolítica basada en la división de los derechos políticos en función de dos velocidades: la de aquellos que viven en el tiempo real de la megalópolis global, con acceso a la posesión de los servicios virtual-ciudadanos –ya sean programadores, hackers, o terceros asociados a dichos perfiles mediante relaciones contractuales–, y la de aquellos que aún habiten el espacio real de las ciudades locales, sin acceso a dichos servicios, y caracterizados –tanto por Virilio en los años ochenta como anteriormente lo hizo Rem Koolhaas en los años setenta– como “ciudadanos de segunda” (Koolhaas 15), es decir, sedentarios no-habitantes del mega-suburbio mundial, en tanto nuevo campo de concentración abandonado a su desfase cada vez mayor con respecto al megalopolita nómada que, ya sea como “turista virtual” o como *business-man*, viaja de nodo en nodo disfrutando de los servicios presentes en los *downtowns* de la ciudad. Frente a él, el “ciudadano de segunda” devendrá progresivamente un Homo Sacer temporal: horizonte de ciudadanía en la era biopolítica ya anunciado por Agamben como destino ineludible de la modernidad (Agamben 211-29). De este modo, el ciudadano no conectado al tiempo real de la red devendrá ese resto execrable de la sociedad pública, sin ningún derecho ni reconocimiento social. Entidad jurídicamente invisible, ni amigo ni enemigo, y cuya presencia física y material estará restringida a servir de sacrificio ritual ante la divinidad. En nuestro caso, la divinidad red de la sociedad de la información.

Reconociendo que esta es la condición a la que ya están quedando reducidos los habitantes físicos o locales del mundo de la presencia, Virilio –convencido de la incapacidad de la arquitectura para mediar democrática y humanamente con la velocidad absoluta de la instantaneidad– elige la acción moral como canto de cisne de la política de la presencia. Una opción de retirada al ámbito de la presencia física de un mundo que se acaba, incapaz de aportar nada útil para poder generar un nuevo *nomos* no telúrico, adaptado a las condiciones aéreas de la nube digital instantánea y omnipresente que nos invade.

En última instancia, esta supuesta opción “moral” de Virilio –defendida por Rafael Vidal como “el único lugar donde cabe la democracia”– es en realidad la menos demo-krática de todas: prisionera de la misma nostalgia por la tierra que llevó a Carl Schmitt a la teoría de los grandes espacios, eterna fuente de ilusiones jurídicas en un mundo que ex-cede todo derecho, y salvaguardia de un humanismo ciego que creyó medir al hombre a través de la generación de una distancia infinita frente a lo divino con la intención de eludir la responsabilidad absoluta que conllevaba una posición caracterizada por la ubicuidad, la inmediatez y la instantaneidad. Estemos preparados para ello o no, esa posición ha llegado. El ser humano se ha emancipado definitivamente de su subordinación al *nomos* de la tierra y el espacio. Frente a aquellos que creían que el proyecto Ilustrado había fracasado, tal vez sea preciso recordar en una vuelta de tuerca no exenta de amargo cinismo, aquellas palabras de William Morris (arquitecto) citadas por Antonio Negri al comienzo de *Imperio*:

Los hombres luchan y pierden la batalla; aquello por lo que pelearon se consigue, a pesar de la derrota, y entonces resulta no ser lo que ellos tenían intención de lograr, de modo que otros hombres tienen que luchar para obtener lo mismo que aquellos deseaban, aunque ahora lo llamen de otro modo (cit. en Hardt y Negri 1).

Referencias

- Agemben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, España: Pre-Textos, 1998. Impreso.
- Armitage, John, ed. *Virilio live: Selected Interviews*. London: SAGE, 2001. Impreso.
- Baudrillard, Jean. *Le miroir de la production*. Paris: Casterman, 1973. Impreso.
- Baudrillard, Jean. *Pour une critique de l'économie politique du signe*. Paris: Éditions Gallimard, 1972. Impreso.
- Brecht, Bertolt. *Un hombre es un hombre*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1981. Impreso.
- Deleuze, Gilles. *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006. Impreso.
- . Guattari, Félix. *Kafka. Por una literatura menor*. México DF: Ediciones Era, 1978. Impreso.

- Deneger, Michael. "Translator's introduction: Seven Minutes". *The Negative Horizon: An essay in dromoscopy*. Ed. Paul Virilio. London-NewYork: Continuum, 2006. 1-24. Impreso.
- Der Derian, James, ed. *The Virilio Reader*. Massachusetts: Blackwell Publishers Inc, 1998. Impreso.
- Derrida, Jacques. *La diseminación*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2007. Impreso.
- . *La Escritura y la Diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989. Impreso.
- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2005. Impreso.
- Heidegger, Martin. *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2007. Impreso.
- Koolhaas, Rem. s, M, L, XL. New York: The Monacelli Press, 1998. Impreso.
- Mumford, Lewis. *Arte y Técnica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1968. Impreso.
- . *Técnica y Civilización*. Madrid: Alianza, 1977. Impreso.
- Panofsky, Erwin. *La perspectiva como forma simbólica*. Barcelona: Tusquets, 1999. Impreso.
- Tafuri, Manfredo. "Para una crítica de la ideología arquitectónica". *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*. Eds. Manfredo Tafuri, Massimo Cacciari, Francesco Dal Co. Madrid: Gustavo Gili, 1972. 15-78. Impreso.
- . Giorgio Ciucci, Francesco Dal Co y Mario Manieri-Elia. *La ciudad americana*. Barcelona: Gustavo Gili, 1975. Impreso.
- Vidal, Rafael. "Consideraciones en torno al pensamiento de Paul Virilio: La deslocalización cibernética de la comunidad democrática". *VIII Congreso Internacional de la AES*, Granada. 15-18 de diciembre de 1998. Charla. Impreso.
- Virilio, Paul. *L'espace Critique*, Paris: Christian Bourgois Editeur, 1984. Impreso
- . *Speed and Politics*, Los Angeles: Semiotext(e), 2006. Impreso.
- . *El accidente original*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006. Impreso.

Recibido: 17 junio 2016

Aceptado: 15 mayo 2017